

Fernando Álvarez-Uría

El reconocimiento de la humanidad

Madrid: Morata, 2015

En uno de los textos que Michel Foucault dedicó a la Ilustración titulado “Qu’est-ce que les Lumières”, el pensador francés definía la *Aufklärung* más como una actitud y una interrogación filosófica que como un acontecimiento histórico (Foucault 2006). En este sentido, el *Iluminismo* inauguraba una actitud límite entendida como la exigencia de una crítica permanente de nosotros mismos, un *ethos* filosófico propio «de la ontología crítica de nosotros mismos como una prueba histórico-práctica de los límites que podemos franquear y, por tanto, como un trabajo nuestro sobre nosotros mismos en tanto que seres libres» (Foucault 2006: 93). Y una ontología crítica de nosotros mismos que debía tomar la forma de una *historia del presente*, encargada de *problematizar* lo que somos sobre la base de un análisis histórico de los límites que nos son impuestos, y de señalar sus posibles espacios de transgresión (Foucault 2006: 96-97). El libro de Fernando Álvarez-Uría que aquí se reseña es, a todas luces, no solo heredero declarado de esta actitud crítica, sino además una exploración fundamental de esa ontología histórica de nosotros mismos, en la que ese *nosotros* es precisamente esa “modernidad del sur” que tanto nos afecta, y que demasiadas veces ha sido denostada por el pensamiento dominante.

Para este camino, dos son los grandes referentes teóricos reclamados por el autor, señalados ya en las primeras páginas de la introducción: Michel Foucault de una parte –y especialmente el de *Las palabras y las cosas*–, y Friedrich Nietzsche de otra –con el martillo privilegiado de *La genealogía de la moral*–. El primero, además de por lo obvio –Álvarez-Uría es sin duda uno de los mayores y primeros conocedores de la obra del pensador de Poitiers en España–, por su atinado interés en rastrear en el mundo hispánico de los siglos XVI y XVII el nacimiento de esa nueva *episteme de la representación* que marcará el inicio de la modernidad. El segundo –Nietzsche es recordemos uno de los grandes “maestros de la sospecha”, referente indiscutible de aquella ontología de nosotros mismos–, por su implacable lucha contra todas las “neurosis religiosas”, fustigador

incansable y mordaz de todos los valores morales heredados por la tradición judeo-cristiana. Figuras a las que habría que añadir una tercera, Émile Durkheim, incuestionable en esta genealogía alternativa de la modernidad que pretende ser –lo adelantamos– la de la aparición de una categoría de pensamiento fundamental: la de *género humano*; y ello porque el francés, especialmente en *Las formas elementales de la vida religiosa*, sentó las bases de aquello que dará en llamarse la “sociología del conocimiento”, esa aproximación teórica de la que sin duda este libro es heredero.

Grandes referentes, y dos tesis fundamentales expuestas con toda su crueldad por el autor de *El reconocimiento de la humanidad*: «A lo largo de este libro se cuestionan dos tesis, todavía hoy dominantes, que establecen un especial vínculo entre el protestantismo y la modernidad, y a la vez postulan que la ruptura con el mundo medieval se produjo en los siglos XVII y XVIII» (p. 16). O dicho en negativo: no fue el protestantismo el que liberó a las sociedades occidentales del medievalismo católico, y tampoco el que sentó las bases del mundo moderno. Y ello porque el protestantismo, lejos de contribuir al proceso de secularización, nació más bien como un “fundamentalismo religioso”, un “fideísmo irracional”. Bien al contrario, señala Álvarez-Uría: «fue el descubrimiento del género humano en el siglo XVI, en el marco del mundo católico, el detonante que hizo posible pasar de la dignidad del hombre de los humanistas, al derecho natural, y de éste a los derechos humanos emancipados ya de las creencias religiosas» (p. 17).

Partiendo así desde una perspectiva sociológica, el autor rastrea este origen furtivo de la modernidad entrecruzando en sus análisis los procesos propios de la historia social con los de la historia intelectual, atendiendo precisamente a los marcos epistemológicos que permiten la formación y el desarrollo de las ideas fuerza del periodo. Los referentes teóricos están ya explicitados, los objetivos ahora marcados: «Intentaré por tanto mostrar cómo surgió la moderna categoría de *género humano* en íntima relación con distintas disputas y procesos sociales, para pasar a prolongar a continuación el análisis a los efectos y transformaciones que se derivaron de este descubrimiento decisivo para la historia del mundo occidental y, en general, para la gran república humana» (p. 17).

Este trayecto quedará vertebrado en el libro que aquí nos ocupa en seis capítulos, donde los tres primeros se encargan de mostrar la transición de un orden teológico-político a un orden social secular, movimiento que permitirá a las sociedades modernas –en la perspectiva del autor– pensar y vivir en un mundo ordenado relativamente sobre la laicidad. Se atiende aquí por tanto, en primer

lugar, a los debates que generaron la conversión romana al cristianismo, la recepción de Aristóteles en el pensamiento árabe y el cristiano, las transformaciones y contextos en los que surgió y los movimientos que provocó la obra de Tomás de Aquino, en fin, a la formación del espacio teológico-político en el occidente medieval. Siguiendo estas líneas argumentales y los nuevos contextos sociales y políticos en gran parte derivados del descubrimiento por los europeos del Nuevo Mundo, se avanza hacia el surgimiento de la categoría de *naturaleza pura*, pasando por el aristotelismo radical de la escuela de Padua o el nacimiento del llamado humanismo cívico. Y finalmente, se analizan los contextos y se atiende a los debates generados por ese descubrimiento de un *Nuevo Orbe*, prestando una especial atención al papel jugado y las significaciones que alcanzó la decisiva Escuela de Salamanca.

Es a partir de entonces, en los capítulos cuatro, cinco y seis, que el autor expone cómo tanto los poderes políticos –de monarcas y emperador– como eclesiásticos –al servicio del papado–, impiden u obstaculizan en gran medida –tanto en España y Portugal como en Italia y Latinoamérica–, el desarrollo de las vías abiertas de emancipación cultural y sociopolítica de una modernidad sureña entonces en ciernes. Esta contraofensiva, diseñada y orquestada por las *dos luminarias del mundo*, reclamará para su representación de algunos de los personajes más interesantes –y acaso incomprensibles– del universo hispánico, entre los cuáles habrá que destacar a Bartolomé de las Casas, Juan Ginés de Sepúlveda ó Bartolomé Carranza. U otros, como el Gran Inquisidor Fernando de Valdés, o los jesuitas aquí presentados como la “caballería ligera de la Iglesia”, jugando también un papel central en esa historia –tantas veces contada– de “lo que pudo haber sido y no fue”.

Estamos sin duda ante una de las obras más estimulantes y necesarias de la sociología histórica española de los últimos años, capaz de argumentar y discutir *con* y *contra* los grandes pensadores de la modernidad como Max Weber, Robert Merton o Talcott Parsons. Una discusión sin complejos, realizada desde una óptica diferente, con la finura argumental de un intelectual aguerrido acostumbrado a transitar por los espinosos senderos de la filosofía y las ciencias sociales, y en la forma de una escritura osada pero humilde, sencilla pero elocuente.

Un libro preocupado en última instancia por enjuiciar lo aprehendido, por problematizar la imagen de nosotros mismos –como gentes del sur pero también como europeos–, por reescribir esa historia que «no solo nos permita comprender el pasado», sino que también «ilumina el presente, sienta las bases para poder proyectar un futuro mejor» (p. 20).

BIBLIOGRAFÍA

FOUCAULT, M. (2006): “Qué es la Ilustración”, DE LA HIGUERA, J.; CAMPILLO, A. y BELLO, E. (eds.): *Michel Foucault. Sobre la Ilustración*, Madrid, Tecnos, pp. 71-97.

Salvador Cayuela Sánchez
Universidad de Castilla La-Mancha